

Un estudio etnográfico de usuarios de heroína: el uso de práctica reflexiva

PILAR ALBERTÍN

Universitat de Girona
pilar.albertin@udg.edu

LUPICINIO IÑIGUEZ

Universitat Autònoma de Barcelona
lupicinio.iniguez@uab.cat

Recibido: 15.01.2009

Aceptado: 17.05.2010

1. INTRODUCCION

La práctica reflexiva o autoreflexividad ha sido abordada en las Ciencias sociales hace aproximadamente dos décadas. Numerosas publicaciones abordan la temática como ejercicio epistemológico y de carácter ético-político dentro de la Ciencia.¹ No obstante, la sensibilidad reflexiva es una posición que en la actualidad aún no acaba de estar presente en múltiples producciones científicas.

¿Cuáles son los motivos y justificación del uso de la práctica reflexiva o reflexividad en la investigación y producción de conocimiento científico psicosocial?

La ciencia ha querido presentar la imagen del sujeto como un «espejo» que producía una realidad material exterior e independiente de él, pero la exactitud de tal representación constituyó un problema irresoluble. Para superarlo, el paradigma tradicional recurrió a la bivalencia y unicidad del conocimiento: una representación resultaba ser verdadera o falsa, y la verdad sólo se podía mostrar de forma unívoca (Rorty, 1979). Con la entrada en las Ciencias Sociales de nuevos paradigmas y perspectivas (sociología del conocimiento científico, construcciónismo, teorías críticas, semiología, postestructuralismo y postmodernismo) comienza a producirse una fisura en el corazón de la objetividad y la verdad de

¹ Entre las publicaciones internacionales tenemos —entre otras—: Ahern, 1999; Mruck & Breuer, 2003; Gannon, 2006; Clark and Sharf, 2007.

Entre las publicaciones nacionales destacamos a: Ibáñez, J. 1993, 1994; Lamo de Espinosa, 1994, Laraña, 1998.

la ciencia y un acercamiento a nuevas formas discursivas que ofrecen diferentes guños sobre la realidad.

Los mitos de la objetividad y la verdad se derrumban. No hay neutralidad del sujeto productor de conocimiento sobre el conocimiento producido ni separabilidad. Tampoco hay una instancia suprahumana que establezca el criterio de verdad trascendental, a pesar de que puedan seguir existiendo criterios prácticos para la vida (Ibáñez, T., 1994). La decisión de la verdad es un argumento consensuado y negociado culturalmente, la verdad no es revelada, sino argumentada y dirigida por valores para después ser transformada en cuestiones técnicas. Un informe científico es un ejercicio de persuasión, un ejercicio retórico de objetividad.

Los primeros intentos de introducir la reflexividad provienen de los Estudios sociales relativistas de la Ciencia que interrogan y cuestionan el proceso de representación que utilizamos los investigadores. Woolgar (1988:14) define la reflexividad como «*el etnógrafo del texto*» y las etnografías reflexivas sustentan que la reflexividad «debe mostrarse» en el texto (Ashmore, 1989). Autores como Latour (1988) propone una infra-reflexividad, marcada por una infracción de métodos, un estilo híbrido, a modo de un estilo literario y extraacadémico, en lugar de un texto científico con límites disciplinarios.

La «sociología de segundo orden» o «cibernética» (Ibáñez, J., 1994) trata la reflexividad como un procedimiento paradójico de «objetivar» al investigador. Se concibe la no separabilidad objeto-sujeto, en la medida en que en la investigación del objeto queda siempre necesariamente huellas del sujeto, porque el objeto es producto de la actividad objetivadora del sujeto, de tal manera que tenemos que investigar la investigación del objeto.

De esta forma, el uso de la práctica reflexiva se fundamenta en dos razones:

Una **cuestión racional-epistemológica**. Consistente en dar cuenta de cómo han sido las condiciones de producción de tal conocimiento, del proceso. Aporta comprensión a la/s situación/es psicosociales a la que se aproxima el investigador/a, y a la vez es una fuente de exploración de cuestiones epistemológicas.

Una **cuestión ético-política**. Como forma de resistencia a las formas dominantes de conocimiento psicosocial. En tanto que permite la conciencia, la objetivación sobre otras posiciones y discursos, el cuestionamiento (para qué, para quien), el socavamiento o reconstrucción de esas formas de conocimiento social, que pueden conducir a cambios en el propio investigador/a en un sentido emancipador o de «razón práctica que se resiste» y a la vez le implica y le compromete con aquello que sustenta.

Desde que la objetivación, la verosimilitud, el rigor, la implicación y el compromiso del investigador/a entran en la escena académica, la práctica reflexiva se convierte en una herramienta de uso que abre múltiples posibilidades en el quehacer creativo y político de las agendas científicas (Marcus, 1994; Ibáñez, T., 1994; Denzin & Lincoln, 1994).

El objetivo que proponemos con el siguiente artículo es:

1. Presentar y discutir sobre algunas formas y procesos que conducen a una práctica reflexiva tomando el caso de la etnografía reflexiva que realizamos sobre el consumo de drogas.

2. Mostrar algunas de las formas retóricas que adopta el propio proceso reflexivo en los textos o escritura.

2. PRESENTACIÓN DEL CONTEXTO DE INVESTIGACIÓN

El año 1994 iniciamos un estudio etnográfico en un barrio de la ciudad de Barcelona (España). A la autora de este artículo le habían concedido una beca con objeto de estimar el número de usuarios de heroína que había en la ciudad durante aquel periodo (por aquel entonces, en España la prevalencia e incidencia del número de usuarios de heroína era elevada, concretamente el barrio contexto de estudio mostraba una alta incidencia de consumo)².

Después de sus primeros contactos con un «Centro socio sanitario de atención y seguimiento a toxicómanos» (CAS), y de sucesivas visitas (dos meses intensivos) en los horarios de atención a los usuarios y tratamiento terapéutico, la investigadora decidió centrar su contexto de observación en la calle, pasear por el barrio, contactar con usuarios/as en los espacios cotidianos de consumo, búsqueda y venta de sustancia. El barrio estaba ubicado en una zona portuaria, su nivel socioeconómico era medio-bajo. La población vivía de la pesca y pequeños comercios, aunque también existían prestigiosos restaurantes de productos marinos.

La investigadora acudía al barrio en diferentes momentos del día, también alternaba una diversidad de contextos: desde estar con ellos/as en la calle, visitarlos en sus domicilios o los de sus familias, acompañarlos de visitas al médico o a buscar trabajo, acompañarlos a juicios, ir a buscar droga a otros barrios, encontrarlos en la prisión, etc... En los primeros contactos se manifestó una clara diferencia entre los «usuarios o consumidores» de heroína» y los de metadona³

El trabajo de campo duró 9 meses con una asistencia continuada al barrio de 3-4 días por semana (entre 1994-1995), después la investigadora mantuvo contactos con algunos informantes-amigos. En el año 1997 regresó al barrio y durante un periodo de 3 meses comentó los resultados con algunos informantes clave que le facilitaron feed-back. El resultado final se reflejó en la memoria de

² Ver al respecto los trabajos producidos en el contexto español: Arana y Del Olmo, 1992; Barrio et al., 1993; González et al., 1996; Albertín & Iñiguez, 2008.

Así mismo, se apuntan otras publicaciones relevantes sobre el uso de drogas en el contexto internacional. En este contexto existen muchísimas publicaciones, entre ellas y por la proximidad al tipo de trabajo que presentamos, apuntamos las de: Bourgois, 1995; Rhodes and al., 2005; Valentine and Fraser, 2008.

³ La metadona se administra en los «programas de mantenimiento con metadona». En estos programas se administra un opiáceo sintético bajo supervisión médica, junto a un plan formativo para el usuario.

investigación. Los datos consistieron en registros escritos en diarios de campo (5 diarios) y entrevistas grabadas a usuarios/as (44 entrevistas).

3. LA PRÁCTICA REFLEXIVA EN LA EXPERIENCIA ETNOGRÁFICA CON USUARIOS/AS DE HEROÍNA

Existen diferentes formas, expresiones y momentos en que se manifiesta la práctica reflexiva: desde el análisis de microsituaciones, hasta la localización de posiciones y formaciones discursivas. Estos procesos no son exclusivos entre sí, sino que tienen conexiones y continuidad, ya que guardan una íntima relación cuando el/la analista o investigador/a pone en juego la práctica reflexiva. A continuación señalamos los procesos y acciones que constituyen características básicas para el ejercicio reflexivo, a la vez, hemos incorporado fragmentos textuales, correspondientes al texto final de la memoria de investigación para mostrar al lector la forma y la retórica en el lenguaje que adopta una práctica reflexiva. Estos procesos y acciones son:

- Recolectar fragmentos de interacciones y contingencias contextuales.
- Relaciones informantes-etnógrafa. Intersubjetividad.
- Extrañamientos y quiebras de los investigadores durante el trayecto.
- Poner en juego el «dialogismo».
- Revelar las categorías sociocientíficas.
- Política de la posición y capacidad de agencia
- Emergencia de subjetividades y posibilidad de transformación
- Tensiones teóricas y políticas en el conocimiento producido y aplicado
- Atender a la retórica del texto

Recolectar j fragmentos de interacciones y contingencias contextuales.

La reflexividad es constitutiva de las descripciones de los participantes en los contextos de acción social. Hacer observable para otros actores o lectores el carácter racional y significativo de las prácticas concretas, es poner en práctica la reflexividad. La construcción de este conocimiento es algo «constructivo» y no meramente «descriptivo». De esta forma, el relato se convierte en una descripción constitutiva donde los actores y los actos se van configurando en cada microcontexto que se plasma.

Los estudios de laboratorio permiten estudiar la reflexividad a partir de su focalización en el «contexto de la acción». Estas orientaciones muestran la génesis del conocimiento a partir de visiones e intereses particulares de las instituciones y de los investigadores, de momentos, de rutinas y hábitos instaurados y localizados en el contexto donde emerge la acción (Knorr-Cetina, 1981; Lynch, Livingson & Garfinkel, 1995).

Desde la etnometodología se habla de una «reflexividad constitutiva de la acción» y fija la atención en las secuencias de conducta observables localmente, en donde se establecen los detalles de trabajo diario y de interacciones, desde donde se producen las «reglas prácticas» que permiten actuar de forma correcta (Coulon, 1988). Estas prácticas se hacen observables para los otros miembros por su carácter racional. Garfinkel (1967) utiliza las descripciones de los actores (categorizar los objetos en clases, hacer formulaciones, ofrecer u ocultar detalles, juicios, etc.) como partes constitutivas de lo que éstos describen, es decir, como partes que hacen el mundo inteligible y analizable, que lo «fabrican» (*accounts*).

En este sentido, la descripción aportada en el siguiente fragmento sobre Alicia y su familia, permite visualizar al lector/a como se van construyendo, definiendo los actores, su relación familiar, su relación con la droga, qué sentimientos invaden a la etnógrafa, que diferentes discursos entran en juego («daño de la droga y culpabilidad» frente a «deseo de tomarla»):

En ella (Alicia) siempre apreció una dualidad: por un lado hablaba del «daño que hace la droga», de «las dificultades de dejarlo», pero a la vez, en todos nuestros encuentros observé que la protagonista era la «droga», sólo se acercaba a «Los Arcos» por ella, incluso a veces, si paseaba a su hija en el carrito pero veía la posibilidad de conseguir heroína, llamaba a su sobrino para que se llevara a la niña a casa.
[...]

Un día Alicia se empeñó en invitarme a casa de su familia, mientras llegábamos me comentó: «*así conocerás a la puta de mi hermana y al cabrón de mi padre. Vas a ver con que gente estoy y cual es mi ambiente familiar...*». Luego se empeñó en que me quedara a comer... Fue una forma de «atraparme» en una demostración en la que, de nuevo, Alicia quería justificar su comportamiento.

El piso era una planta baja constituida por dos salas: en una estaban las camas para dormir y en la otra la cocina, y el comedor. Me sorprendí de la escasez de espacio, el hacinamiento que suponía y las condiciones lúgubres de la vivienda. Junto a la televisión había dos fotografías con el rostro de dos jóvenes, los hermanos de Alicia (también usuarios/as y muertos de SIDA).

Nos encontramos con la hermana y dos sobrinos de 12 y 14 años. La actitud de todos ellos era muy negativa hacia Alicia. [..]

Alicia decía: «*nunca os habéis preocupado por mí ni por mi hija...*»

El padre: «*¿Y tú?, que cada día vienes con un hombre distinto a casa?, ¿que los traes a todos aquí de parásitos?, nunca has hecho nada en casa, ¡ni ocuparte de tu propia hija! ¡vaya madre!, todo lo que sacas, ¡ale, a la vena!, no ves —me dice—, no ves como lleva los brazos y las piernas de pincharse, la yonqui asquerosa esta...» .»Y tú...¿tú dices que eres amiga de ella? pero, ¿cómo se puede ser amiga de una cosa así?, ¿qué mentiras te habrá contado?, si dice que eres psicóloga me imagino que estarás viendo que no está bien del coco, y todas esas mentiras que dice...»*

Al abandonar la casa me sentí deprimida, falta de energía, agotada. (p. 584).

Las contingencias contextuales vinculadas a los intereses, expectativas, emociones, etc. de los actores producen reglas, selecciones, decisiones, etc., resultan fundamentales en marcar la trayectoria del transcurso del trabajo de campo y de la escritura etnográfica:

Tras un tiempo de comprender la dinámica del Centro de atención y tratamiento a toxicómanos, tuve la necesidad de encontrarme dentro del «contexto natural» del usuario/a para entender algo mejor algunos interrogantes que iban surgiendo [...].era inevitable encontrar un determinado grupo de consumidores —los que buscaban tratamiento— y no otro. Era imposible establecer una relación de «iguales» u horizontal con ellos/as, pues a mí se me asignaba un rol de terapeuta y un estatus de poder en tanto que los terapeutas eran los que ofrecían y los usuarios/as los que hacían la demanda. ¿Qué podía hacer?. «Ir a su terreno» podía resultar muy significativo. En la calle, serían ellos/as quienes me enseñarían, ayudarían o me conducirían. Tuve incertidumbres, ¿cómo hacerlo? ¿podía ser «algo arriesgado» meterme en el barrio y moverme con ellos/as como alguno de los terapeutas y otras personas me insinuaron?, ¿cómo podría ser bien aceptada? (p.151).

Las relaciones alter-etnógrafa. Intersubjetividad

Siguiendo los planteamientos de la metáfora de la dramaturgia de Goffman (1959), En nuestro escenario, los informantes («otros») se convierten en espectadores y la investigadora («yo») es observada, escrutada, analizada en su escenificación (en su relación con ellos/as y con otros informantes de la escena: terapeutas, familiares, vecinos del barrio, etc.). A continuación se ejemplifican una serie de efectos que se producen en lo relacional y en lo personal, dependiendo de posiciones que asumo en las relaciones alter-yo:

Presentarme como «asistente» o como «amiga» constituía una señal de proximidad con la consecuente disminución de prejuicios para los usuarios/as que me conocían poco, en el sentido que pensarán que «iba a ligar con los chicos» o «que era una poli infiltrada».
[...]

El hecho de estar visible en la calle con los usuarios más «veteranos», me distanciaba de los «jóvenes iniciados», ya que el hecho de estar conmigo indicaba al resto de público que estos estaban consumiendo. Por ejemplo, Nacho o Fredy nunca querían saber nada de mí si los encontraba casualmente en la calle. (p.286).

Plantearse los límites entre outsider-insider del contexto donde se participa constituyen otro elemento reflexivo. La cuestión pasa por diferentes momentos hasta llegar a ser competente para comprender sus prácticas culturales, siendo, a la vez, ajena a su forma de vida. Los Estudios Culturales (Said, 1997) proponen

el papel de «traductor» que tiene el etnógrafo/a frente a las mezclas culturales. Las culturas no existen «esencialmente» y menos si asumimos que «alguien de fuera» intenta «aprehenderla». La reflexividad trata de conocer cómo ocurre el proceso de mezcla-hibridación cultural, o de conectividad, más que de conocer cómo es cada una de esas culturas en relación.

En el siguiente fragmento se recogen algunas impresiones, sentimientos...sobre la situación de la investigadora en relación a los informantes y sobre su proceso de «dilución de límites entre outsider-insider»:

El hábito de «pensar dentro de la lógica de los usuarios/as» me creó cierta inquietud, pues tenía la impresión de no poder encontrar cierta «distancia» entre su lógica y la del investigador que analiza los datos, sentí que mi visión estaba sesgada por la implicación afectiva con los personajes, así que intenté situarme en un espacio intermedio entre usuarios/as-no usuarios/as. ¿Cómo?. La confrontación entre discursos de usuarios/as-no usuarios/as y principalmente, la reflexión posterior y el ordenamiento de los datos fueron fundamentales para encontrar este espacio. Mi sentimiento hacia el consumidor era muy «normalizado», es decir, como si fuera otra persona de mi vida cotidiana y no un ser extraño. Había afectividad y amistad en algunas relaciones y en otras no. Como consumidor lo veía un ser capacitado para ser responsable de su propio destino, y en parte víctima de un sistema social opresor especialmente encarnado en sus cuerpos (p.268).

La intersubjetividad permite la emergencia de subjetividades (de los informantes y de la etnógrafa). Además se compone de intenciones, emociones, prejuicios, expectativas o deseos, etc... Se trata de ese espacio en que las personas establecen el mundo común de significados compartidos para poder interactuar y comunicarse. Aún sabiendo que no hay dos formas idénticas de aprehender la realidad, basta con que sean similares para establecer una perspectiva o marco común de actuación donde se van ajustando constantemente las subjetividades recíprocas.

Las perspectivas feministas o de género recuperan procesos «no racionales» como fundamentales en la práctica reflexiva: emociones (Ellis, 1996), intenciones, expectativas, proximidades, elecciones, deseos, prejuicios, etc de los actores. Para dar sentido a lo que observamos, o a lo que la gente nos dice, tenemos la riqueza de nuestra experiencia común de sentimiento, elemento fundamental que usamos para conectarnos después con la audiencia o lectores (Code, 1995).

En el siguiente fragmento se destaca la implicación de las emociones, y el ajuste de elementos intersubjetivos: quien es el interlocutor, expectativas que se tienen, como se autorregula la identidad en la conversación, qué intereses existen de forma explícita o latente, etc:

Con Quim se desencadenó una situación algo incómoda para mí. Me había hablado en varias ocasiones sobre su necesidad de salir con una mujer que no tomara droga, luego me preguntaba si era verdad que yo estaba casada, si sa-

lía con alguien, etc.. Un día acabé diciéndole: «*Quim, no debes hacerte muy dependiente de salir conmigo, ni dejar otras cosas como salir por ejemplo con Antonio..., yo te considero un amigo y si puedo ayudarte, te ayudaré, pero nada más..*»

Y respondió: «*Vale, que no me haga ilusiones ¿no?*».

Aún así, aquel mismo día, aún comentó al despedirse: «*¡Ah!, si quedamos otro día, no quiero que sea en La Plana con toda esa chusma de gente que hay*». Le dije que yo no seleccionaba a la gente para hacer el estudio..(p.267).

Al crear un marco de comprensión del «yo», el autor/a puede establecer una conversación entre lo que «llega a ser», con lo que el campo «le revela» y eso es una base para los procesos de cambio. Se intenta recuperar una dimensión de la etnografía que responda a escribir «para» y no tanto «sobre», de construir las experiencias privadas tanto del investigador/a como de los participantes.

Extrañamientos y quiebras durante el trayecto

El extrañamiento o la quiebra (Agar, 1996) son puntos de partida para la reflexividad. A partir de ello puedo problematizar el «etnocentrismo» y «esencialismo cultural» de las tendencias del investigador/a. A la vez es una fuente de creación, y el punto de inflexión a partir del cual hacer inteligible, en términos socioculturales, el proceso de elaboración del conocimiento.

En el primer ejemplo intento mostrar el extrañamiento de la normativa existente en el Centro de tratamiento y mi sorpresa, ya que se moviliza un discurso de control y vigilancia, frente al discurso terapéutico de ayuda que yo tenía preconcebido:

Las normas que se prefijaban de antemano tanto en el contrato terapéutico como en el protocolo de tratamiento me asombraron pues indicaban el alto control y vigilancia sobre el usuario/a. Así por ejemplo, cuando se le pedía una muestra de orina, el usuario/a debía orinar en presencia de la enfermera/o para evitar el cambio de la orina (en el caso que tuviera restos de «droga») por otra orina «limpia». (p.145).

En este otro ejemplo también se muestra mi extrañamiento, especialmente por la confrontación de dos discursos que entran en conflicto: la necesidad de droga (consumo) frente al respeto y convivencia pacífica con otras personas. También la contradicción entre las subjetividades que pongo en juego: la amistad con Fernando que me lleva a protegerlo y el rechazo de conductas violentas que me llevan a responsabilizarlo y condenarlo:

Uno de los días, al atravesar el patio de la cárcel de hombres (cuando me dedicaba a revisar historias clínicas de usuarios/as). Oí que un interno me llamaba, era Fernando:

—«Te acuerdas de mí?»

—«Claro Fernando, ¿qué ha pasado?»

Me explicó que lo habían pillado robando en una tienda de su barrio «fue un atraco con intimidación y sangre, el hombre era conocido de mis padres...»

—«Pero..¿qué le hiciste?»

—«Le hice un poco de corte en el cuello, pero no mucho...» «no ha salido el juicio...me pueden caer siete años... a lo mejor puedo pagarlo en un granja...He pensado mandar una carta a ese señor para pedirle disculpas..no por él, sino por mí»

—«¿Cómo es posible que uno pueda hacer eso?, no lo comprendo...» - «Ya.., yo tampoco puedo entenderlo, ¡y eso que no estaba muy enganchao!». Me quedé estupefacta. (O.P, 760-762).

Una práctica reflexiva debe ir acompañada de un «extrañamiento» y análisis de los contextos de nuestras interacciones y del establecimiento de un dialogo *con* y *entre* ellos. En las múltiples conversaciones establecidas entre informantes-investigadora se negocian «divergencias», «inconsistencias» en los valores y construcciones sobre sujetos y objetos insertas en los diferentes diálogos. En la resolución de la «quiebra» es donde se involucra un examen reflexivo de la acción como acto, ya sea de una acción observada a distancia o compartida como una experiencia vivida con los informantes (una sólo puede conocer sus propias acciones como actos, dado que contemplarlas es salirse fuera de ellas).

En un sentido semejante, Parker (1992) plantea la reflexión crítica sobre un discurso. Esta incluye el uso de otros discursos, y especialmente a través de sus contradicciones internas, nos permitirán abrir cuestiones sobre lo que otros discursos están trabajando. Esto modifica y permite diferentes espacios para el manejo y la resistencia. Aunque afirma que al hacerlo no se disuelven los discurso de opresión.

Revelar las categorías socio científicas que usamos

La reflexividad es previa al contexto de acción y posibilita su comprensión, es decir, el contexto de acción no puede ser reducido a la reflexividad, hay algo más que la definición que dan los actores y se encuentra en sus condiciones socio históricas de producción o en la tradición socio histórica que propone Gadamer (1991).

Así, la reflexividad no consistiría tanto en revelar el origen y las coordenadas sociales del investigador (clase, etnia, sexo, afiliación académica o intelectual), y mucho menos en realizar una introspección intelectual (reflexión del sujeto sobre el sujeto). Ni tampoco en un proceso hermenéutico de interpretación cultural y reflexiones del investigador sobre el trabajo de campo, o escribir en primera persona para destacar la empatía, diferencia o elaboración de textos del investigador individual respecto a lo observado, sino que consistirá, en palabras de

Bourdieu y Wacquant, (1994:37), en «*explorar las categorías de pensamiento impensadas que delimitan aquello que se puede pensar y predeterminar el pensamiento y que orientan la realización práctica del trabajo de investigación*».

Estos autores tratan la reflexividad a través de tomar conciencia de las determinaciones en la construcción de categorías sociales de pensamiento, percepción y apreciación las cuales forman parte de los principios «objetivos» de representación del mundo. Para ello, Bourdieu concede a la razón el dominio de la distancia teórica. Las categorías de pensamiento subyacentes a las representaciones colectivas se organizan a través de las estructuras sociales de los grupos, de manera que las estructuras mentales o cognitivas de las personas son estructuralmente semejantes a las clasificaciones sociales porque están «genéticamente ligadas», esto implica disolución entre los límites de sujeto y objeto pues al analizar las estructuras objetivas encontramos una prolongación hacia las disposiciones subjetivas de las personas.

El trabajo de revisar va más allá de analizar la experiencia vivida por el investigador, y lo que se ha de poner a examen y neutralizarlo en ese acto de construcción de objetos es el inconsciente del colectivo científico que está implícito en las teorías y categorías o bien los prejuicios que hace servir la Ciencia.

En los ejemplos siguientes, se expresan los prejuicios que invaden momentos de la interpretación. Especialmente los prejuicios provenientes de colectivos profesionales/científicos que la investigadora adopta como categorías de partida:

[...] ..respecto a mi creencia de que «eran desestructurados» —coincidente con un discurso médico-psicológico—, observé la lucidez y atención que, por ejemplo, Antonio puso en el número de cintas que le llevaba grabadas a través de sucesivas sesiones.

O respecto a mi creencia coincidente con la de los profesionales del CAS: «*tienen una falta de valores de tipo afectivo muy grande*» o en todo caso «*unos valores muy diferentes a los nuestros*», me sorprendí al observar sus manifestaciones emotivas y sentimentales durante las entrevistas que yo les hacía. Y me preguntaba: ¿es posible que sus afectos sean tan diferentes a los de los «no usuarios/as», tal como dicen los profesionales?.(p.150).

Poner en juego el «dialogismo»

El dialogismo (Bajtin, en Herrero 1992) no significa que el texto adopte la forma de diálogo, sino de asumir un diálogo ficcional donde hay espacio para el discurso de otros. La «observación directa» de la acción social conforme ocurre, no libera en modo alguno al observador de su dependencia a un discurso dominante. El analista siempre puede, como el participante, extraer una versión «definitiva» de los sucesos, incluso a partir del conjunto más diverso de descripciones, por ejemplo: reformulando lo que los respondientes concretos quisieron decir, eliminando ciertas afirmaciones exageradas, irónicas, retóricas, etc., o

interpretando los datos de acuerdo con los acuerdos tácitos recogidos en el curso de la interacción con los participantes.

En el trabajo reflexivo a través de analizar las formaciones discursivas que componían el informe final, nos permitió aislar cinco formaciones discursivas, a partir de las cuales se configuraba un determinado tipo de usuario/a, una forma de construir la sustancia y de entender el contexto de consumo. Estas cinco formaciones las hemos denominado: «Cultura de consumo», «terapéutica-sanitaria», «fármaco-sensorial», «legal-represiva» y «grupal-comunitaria».

Así por ejemplo, la «Cultura de consumo» define al usuario/a o bien como un ser obsesivo-compulsivo, («*Quieres más y más por sistema*») o la «Terapéutica-sanitaria» como un enfermo («*están desestructurados*»). La «Fármaco-sensorial» define a la sustancia como un elemento con capacidad mágica («*con heroína eres el mejor*»); o la «Grupal-comunitaria» la define como un motor de intercambio y comunicación entre familiar, usuarios, usuarios y no usuarios («*van a robar juntos para conseguir caballo*»).

O por ejemplo, la «Legal-represiva» define el contexto como un espacio inestable, impredecible, marginal.. («*te pinchas y estás pensando en la siguiente dosis*»).

En este sentido, se hará constar el dialogismo, la dialéctica entre discursos, a través de recoger fragmentos o análisis donde se revelen las diferentes formaciones discursivas insertas en diferentes microsituaciones o interacciones. En el ejemplo que viene a continuación se hace referencia a la sustancia, utilizando elementos de una formación discursiva «cultura de consumo»:

*..ahora la gente está acostumbrada a sentir flash y poca cosa más y claro, va loca por hacerse picos, pero **no por la sustancia en sí, que casi no tiene efectos**.. Eso es un engaño. (OP, 823, Asociación Libre Antiprohibicionista).*

O elementos de una formación discursiva «fármaco sensorial»:

*«...llega a ser tu dueña, porque lo que haces por la heroína no lo haces por nada, llegas a hacer cosas que ni tu misma te imaginas, **hasta podría pensar que es sobrenatural**, ¿me entiendes?, de poder manipular a personas que tienen cerebro» (E. Pili y Jose, 1).*

Gilbert y Mulkay (1984) indican que no se puede ignorar al analista en la construcción del relato. Este/a construye contribuciones al menos de tres clases: convierte los pronunciamientos específicos de los participantes en conceptos generales, generaliza sus afirmaciones e identifica segmentos del discurso de los participantes como representantes de un proceso social importante ocurrido en relación al área de la vida social estudiada. Estas acciones constituyen construcciones particulares del analista.

Por ejemplo, se exploran mucho más los temas relacionados con nexos y relaciones entre usuarios/as-no usuarios/as, los asuntos de compra-venta de «dro-

ga», los entornos de consumo, etc., aspectos ligados a un discurso de carácter «sociologizador». Por otro, se inhiben aspectos de un discurso «naturalizador», en el sentido que en mis interpretaciones sobre el fenómeno de consumo, desestimo el placer que puede suponer usar drogas (aspectos fármaco-sensoriales de una formación discursiva «Fármaco-sensorial»), o desestimo aspectos relacionados con la desintoxicación, el seguimiento de tratamientos o la rehabilitación, las causas de la «drogadicción» (aspectos correspondientes a una formación «Terapéutico-sanitaria») (p. 296).

Política de la posición y capacidad de agencia

La práctica reflexiva requiere el conocimiento de la enunciación y posición del sujeto en relación a los discursos y las relaciones de poder entre ellos.

Foucault (1984) señala que el poder se relaciona ahora con los distintos sistemas de discurso que gobiernan la vida de las personas, y no por un control directo sobre las personas. Los discursos son un conjunto de enunciados que describen objetos, temas, prácticas, con una regularidad en relación a un sistema social e históricamente determinado. Las prácticas discursivas son indisolubles de otras prácticas sociales. La apropiación de enunciaciones o discursos por el sujeto supone que los convierte en su propio discurso, de ahí que cuando realiza prácticas sociales, lo hace desde «un lugar o posición», que es la adscripción a un discurso (o a diferentes, según los contextos donde los actúen). Los discursos o formaciones discursivas se definen por sus condiciones de producción, de las instituciones que las implican y de las reglas del discurso.

Las epistemologías feministas destacan la «práctica de la posición», la posición no es una identidad, sino cada uno de los lugares desde donde actúa (o enuncia) un sujeto. Un sujeto puede ocupar distintas posiciones o lugares de enunciación en diferentes momentos). Estos lugares reproducen formaciones discursivas o formaciones ideológicas, por lo que van ligados a determinadas identidades, categorías sociales, roles, reglas... La práctica reflexiva utiliza la «posición» como una fuente de conocimiento. Como dice Haraway (1991), sólo desde un determinado lugar, y no desde un conocimiento trascendente y supremo es posible la objetividad y la posibilidad de ser cuestionado y de cuestionarse.

En el siguiente fragmento una pareja de usuarios me hace la demanda de dinero para poder pagarse una pensión para dormir. Ellos saben que tienen mi amistad, que hay confianza y me «ponen a prueba». Yo pienso que el dinero tal vez no sea para la pensión, sino para comprar droga, pero por encima de eso tengo la convicción de qué «tengo que ayudarles». Ellos establecen un compromiso: devolverme el dinero, y lo cumplen (para sorpresa mía, rompiendo el estereotipo de «usuario que no cumple su palabra»). En esta situación se ponen en juego diferentes formaciones discursivas en mis posibilidades de elección. Dos formaciones que se potencian entre ellas: la «grupal-comunitaria» (como soy amiga tengo que ayudarles en su necesidad) y la «cultura de consumo» (como

entendiendo lo que es la droga debo darles dinero para comprar, pues la demanda encubierta para el hotel es una demanda para droga). Estas dos formaciones entran en contradicción con la «terapéutico-sanitaria» (no puedo dejar que consuman droga si se que les está haciendo daño, y además si pienso que me están engañando y que no cumplirán su palabra). Mi decisión pues, es dejarles el dinero sin saber bien para qué, y ellos me lo devuelven, me posiciono desde la «cultura de consumo» y la «grupal-comunitaria».

En mis últimos encuentros con José y Pili se planteó una situación algo embarazosa para mí. Una tarde los encontré en La Plana, Pili estaba muy adormilada (pensé si además de la metadona había tomado algo más), José comenzó a decirme: «*Mira Pilar, te querría pedir un favor muy grande..., resulta que esta noche vienen a dormir a casa un montón de familia que tenemos en Andalucía y mi madre los quiere meter en nuestra casa, pero nos ha dicho que nos vayamos nosotros dos a dormir fuera.... hemos estado mirando una pensión y nos cobran dos mil pesetas por los dos, aunque al final regateando con la mujer nos la deja a mil quinientas.. y eso te quería pedir, si nos pudieras dejar ese dinero, que yo el día diez cuando cobre te lo devuelvo..., palabra*»

Me sentí un poco confundida en el sentido de no saber qué debía hacer.

—«*¿Y vosotros no os podéis quedar también en vuestro piso?*» —les pregunté—

—Pili: «*Sí, pero tendríamos que dormir en el suelo, yo embarazada, y él mira como se ha quedado con el brazo...*» (A José se le había quedado todo el brazo derecho paralizado, cómo si le hubiera dado una embolia).

—José: «*Mi madre dice que nos busquemos la vida*» «*...nosotros hemos estado pidiendo dinero a la gente que conocemos de este barrio, pero nadie tiene o no quieren*». (p. 251).

Emergencia de subjetividades y posibilidad de transformación

En la práctica reflexiva del trabajo etnográfico se visualizan múltiples subjetividades que cuestionan y se resisten a las identidades y categorías sociales implantadas por discursos dominantes (por ejemplo la identidad de «drogadicto» o «yonqui» como identidades dominantes). La subjetividad es la «dimensión social e histórica del sujeto», configurándolo y permitiéndole tomar consciencia de sí e iniciar un movimiento de transformación motivado por el deseo y por la experiencia corporeizada. Pero a la vez, son las dimensiones discursivas las que pre-existen a la formación del sujeto, los campos donde se regulan diversas posiciones de subjetividad, es decir, la subjetividad es construida a través de las experiencias y los discursos que la envuelven y tiene que ver con las posiciones del sujeto y una serie de elementos como las emociones, expectativas, intenciones, etc (Pujal, 2003).

Las experiencias se construyen a través de un complejo entramado de significados, de efectos, de hábitos, de disposiciones, de asociaciones y de percepciones resultantes de las interacciones del sujeto y de cómo este las interpreta a

través de los discursos posibles. Por tanto, también hemos de contar con que el propio concepto de subjetividad está atrapado en los discursos.

Al introducir el «yo» en el relato o situación narrada y en primera persona, se consigue reconceptualizar el «yo» y «el otro» frente al potencial lector. En esta reconceptualización emergen diferentes subjetividades, dependientes de los contextos de acción. Fuerza a problematizar nuestros datos, en el sentido que parece una experiencia subjetiva en que nuestra forma de hacer, sentir y pensar condicionará los resultados (Coffey, 1999). Tomar consciencia de estas nuevas subjetividades es la base de los procesos de cambio o transformaciones personales (Ribbens & Edwards, 1998; Hertz, 1997).

El siguiente ejemplo ha sido seleccionado, principalmente, por cómo la experiencia se «encarna» en la persona de la etnógrafa. Es decir, cómo el hecho de tener la experiencia y pasar por una situación determinada (ir a comprar droga a otro barrio desconocido) tiene efectos sobre la construcción de la subjetividad. Tanto la informante como la etnógrafa están pasando por una situación de tensión, se mueven en un entorno amenazante y no familiar donde pueden ser atrapadas por la policía. La subjetividad de la persona usuaria con su necesidad de consumir emerge como un ser extremadamente vulnerable, sujeto a condiciones imprevisibles y no controlables sobre su entorno. Esta interpretación la realiza la etnógrafa en la medida que comparte y empatiza con esta experiencia. A la vez, esta subjetividad emergente, permite socavar algunos rasgos de la categoría «toxicómano» como ser pasivo, manipulador, aprovechado...:

Una mañana, encontré a Alicia muy impaciente buscando heroína, tenía 2.000 pesetas pero no consiguió que nadie del barrio le vendiera: unos no tenían y a otros no quiso comprarles.
[...]

Una vez llegamos al barrio propuesto, resultó difícil encontrar al vendedor, preguntamos a varios usuarios/as que nos enviaron a un piso donde no respondía nadie, caminamos durante rato impacientes por las calles. Después de preguntar a distintas personas, dos usuarios/as de aquel barrio nos acompañaron a otro piso. Alicia me agarraba del brazo: «*así queda más discreto ¿no crees?*», y añadía: «*no me hace mucha gracia ir detrás de estos, a ver si nos van a meter en la boca del lobo o nos dan gato por liebre ¿sabes?*»

Yo estaba intranquila, ¿y si nos pillaba la secreta? ¿qué les iba a contar?, en una ocasión le dije a Alicia: «*Me siento muy despistada moviéndome por aquí...*»

—«*Sí, ya me doy cuenta*» —me respondió—

En realidad me daba perfecta cuenta de lo vulnerables que resultábamos en un medio no familiar y en el que era difícil controlar los espacios y a la gente.

[...] «*para que te fijas en lo que cuesta pillar dos mil pesetas de caballo y que luego venga la poli y te lo quite!*». —dijo Alicia—

Caminamos deprisa, al llegar a Los Arcos pudo comprar y una vez tuvo la bola en sus manos pareció totalmente relajada y sin prisas por esnifarla. Me pi-

dió que la acompañara, se metió en los lavabos de un bar mientras yo esperaba afuera. Recuerdo que tardó mucho en salir, tanto, que empecé a impacientarme pensando en si habría tenido una sobredosis. (p. 259-260).

Tensiones teóricas y políticas en el conocimiento producido y aplicado

Las tensiones son inherentes a las relaciones de poder. El dialogismo implica esta tensión entre discursos y sus juegos de retórica, especialmente, teniendo en cuenta los efectos del lenguaje sobre los sujetos y los objetos sociales. Desde una práctica reflexiva, la retórica es vista como un aspecto de la relación antagónica entre versiones: cómo se contraponen una descripción a otra descripción alternativa, y cómo se organiza al mismo tiempo, para resistirse a una oposición. En la perspectiva discursiva se parte de conseguir versiones alternativas de la realidad pero nunca una interpretación privilegiada o una versión definitiva (Potter, 1998).

Una propuesta que recoge el juego de versiones es devolver al colectivo estudiado los discursos analizados, e incluso aún mejor si es posible, analizar el conjunto del discurso desde el propio grupo junto con el investigador/a. También estudiar los efectos de la etnografía en otros colectivos interesados⁴.

Wasserfall (1993) aboga por la deconstrucción de la autoridad del autor y/o las diferencias de poder en el campo. Estas asunciones producen tensiones teóricas y políticas en el conocimiento producido y aplicado. En este sentido, hemos intentado mostrar al lector/a las tensiones entre las posiciones que la investigadora va asumiendo en el trabajo de campo y en el escritorio.

Otro de los aspectos que los usuarios utilizaban como tentativa era decirme:

«para saber qué es la droga hay que probarla», aunque yo contestaba: «hay otros muchos aspectos que tienen que ver con la droga que también había que probarlos para saber qué era» (p. 286).

Por otro lado, también en mis relaciones con el Centro de tratamiento (CAS) y con el Instituto médico de investigación que me había concedido la beca había tensiones, como muestran los siguientes fragmentos:

Si al principio de iniciar el estudio, mi percepción de los terapeutas era positiva, con la experiencia se fue negativizando conforme me hacía más próxima a los usuarios/as, el contexto no permitía posturas intermedias pues la relación era muy polarizada entre terapeutas y usuarios. Acabé focalizando la atención en los valores morales que usaban para tratar al usuario/a, en su

⁴ En nuestro caso devolvimos la información a un grupo de usuarios de heroína, y a los profesionales del CAS. También contrastamos datos con un antropólogo que había realizado un estudio similar, y con otros investigadores del Centro Médico donde me concedieron la beca.

función fiscalizadora, su posición de autoridad y en el trato algo distante, de manera que me producía malestar (p. 150).

En el Instituto médico donde trabajaba con una beca en este tema, me sentía algo distante, —a pesar de que también me estaba socializando en su cultura epidemiológica—. En un momento determinado, tuve conflictos de opiniones con uno de los responsables de mi proyecto, especialmente por el tema de la metadona, pues en el Instituto estaban haciendo una investigación evaluando sus efectos en la forma de vida del usuario/a (y la posición de partida era estar de acuerdo con la administración de metadona a los dependientes de opiáceos), pero yo tenía la percepción de que la metadona no era la demanda que hacían los usuarios/as y no les satisfacía. (p. 271).

En busca de la retórica del texto

La antropología postmoderna y los Estudios culturales se preocupan por la retórica textual y las nuevas formas literarias como mecanismo de diluir la autoridad en el texto etnográfico, redefine las monografías como «etnografías experimentales» (Marcus & Cushman, 1982), caracterizadas por su preocupación explícita de cómo se han construido las interpretaciones y la forma de representarlas textualmente (Van Maanen, 1995).

Para estas perspectivas, la escritura reflexiva es un «marco de realidad», donde los textos no pueden ser vistos como monopolios para un tipo de lectores de una cultura o clase social. Hay una variedad de lecturas posibles, se trata de textos «abiertos» incompletos, inacabados, «messy text». (Denzin, 1997).

La práctica reflexiva es experimenta con la escritura y los tropos usados (metáforas, evocación, metonimias, contraste comparativo, etc.) (Clifford, J., 1988; Tedlock, 1987; Rabinow, 1992). El texto adopta múltiples figuras retóricas con la intención de visualizar los conflictos, dilemas, paradojas de los datos, mostrar «lo que no se dice», alejarse de la utilización directa del lenguaje, profundizar en una realidad, posibilitar la elaboración de nuevos conceptos a través de un ejercicio de imaginación y sensibilidad.

Algunos ejemplos han sido mostrados en los fragmentos anteriores. En este ejemplo que viene a continuación, el uso de la sinécdoque (se usa una parte para representar el todo) es central para representar cómo un momento tan fugaz y común en la vida de un usuario adquiere una significación central y una trascendencia más allá del momento de la inyección: trae al presente los efectos del acto en toda su dimensión relacional-humana. A la vez, se evita explicitar las consecuencias en palabras textuales, dejando una posibilidad para que el lector responda:

Después de adquirir la heroína en un piso a cambio de dos cintas de vídeo, de comprar las jeringas y coger el tapón de un contenedor de basura, se dispusieron a hacer la preparación en un rincón de la calle. Filtraron la disolución

y cada uno tomo su mitad con su jeringa. Fernando se pinchó en una vena del antebrazo sin necesidad de hacerse torniquete, Mercedes también. Se inyectaron las 5-6 rayitas de golpe y después de esperar unos segundos, sin retirar la aguja, comenzaron a aspirar hacia fuera con la jeringa para bombearse su propia sangre, lo hacían lentamente y con tranquilidad. Ahora ya no estaban preocupados por si acudía la policía, o por los vecinos y continuaron conversando. Luego, manteniendo la jeringa vacía clavada en la vena, sacaron un cigarrillo y se lo fumaron relajadamente..

Mercedes me preguntó: «¿es la primera vez que lo ves?»

—«Inyectarse heroína, sí»

—«¿Te impresiona?»

—«No, he trabajado de enfermera, he sacado sangre, he cargado jeringas...no me resulta tan impresionante, tal vez..., lo que me impresiona más es la simplicidad del acto frente a las consecuencias que tiene en vuestra vida» (p.265)

En este otro fragmento se utiliza la evocación, corresponde al recuerdo, al llamamiento de sentimientos latentes de la persona implicada. Se trata de mostrar y transmitir al lector/a el sentimiento de culpabilidad, el malestar consigo misma de la usuaria (por no haber sido capaz) y el dolor de una herida no cerrada:

Un día me dijo que no tenía miedo a la muerte, sólo le preocupaba morir sufriendo, entonces me contó una historia que le hacía sentir muy mal y que realmente me impresionó:

»De esto hace dos años...que fue, cuando se me murió en los brazos el Pedrito...era un amigo, un gitano lo acuchilló varias veces...Era un gitanillo que se movía por el barrio pero estaba algo tarao, por entonces yo dormía en la fábrica de maniqués, con otros yonquis y borrachos..., un día vino y se llevó toda la ropa nuestra, yo le dije que nos la devolviera, pero el gitano no hizo caso y me llamó maricon. Entonces fui yo quien incitó al Pedrito: 'pínchale con la navaja' —le decía yo—, y cuando el gitano vio al Pedrito que iba a por él, sacó un cuchillo como de cortar jamón y empezó a darle puñaladas en el pecho. Yo estaba allí y cogí al Pedrito, intentaba taparle los agujeros para que no saliera sangre del pecho, pero no duró nada... ¡Yo incité al Pedrito a que le sacara la navaja!, sino, no hubiera pasado eso. Me he sentido siempre culpable.... (p. 261).

4. CONCLUSION

A partir de las diferentes formas abordadas en los apartados anteriores pretendemos mostrar como la práctica reflexiva constituye un modelo de reflexión crítica sobre la construcción del conocimiento científico, y más concretamente del conocimiento social. Como autores/as nos permite examinar diferentes posiciones asumidas en el texto o informe final, nos ayuda a identificar los límites sociales y retóricamente construidos que delimitan nuestra perspectiva del

campo social, y nos brinda la posibilidad de transgredir esos límites y proveer unas bases para alternativas creativas y éticas.

Por tanto, la práctica reflexiva constituye un ejercicio epistemológico (por lo que tiene de generadora de otras visiones, puntos de vista, formas de construir la realidad) y ético-político (por lo que tiene de cuestionamiento sobre las realidades asentadas y hegemónicamente instaladas en la ciencia, así como por su potencial transformador desde el punto de vista del investigador/a, a través de reconocerse como objeto de análisis y cambio en su práctica investigadora).

La práctica reflexiva pretende mostrar las posiciones de quien/es investigan a través de sus prácticas (discursos, acciones), por lo cual necesita procedimientos de narración y análisis determinados para hacer llegar al auditorio o lectores sus objetivos. En este sentido, adopta diferentes formas o performances para visualizar, narrar, comunicar y plantear aquello que emerge en el proceso de recogida de información, análisis de los datos y difusión de los resultados.

En la siguiente investigación hemos localizado algunas formas de hacerlo, las cuales son complementarias, con frecuencia indisociables, y además tienen el propósito común de cuestionar los fenómenos producidos y las propias acciones. A la vez, estas formas permiten abrir posibilidades de cambio en el orden social establecido a través de quien investiga (transformarse uno/a mismo/a). Estas formas o focos que ha adquirido la práctica reflexiva en nuestro trabajo han sido:

1. Las descripciones detalladas de como se van construyendo las situaciones de interacción entre los actores y las relaciones establecidas con el contexto donde se producen. Consiste en tomar amplias descripciones de los contextos de observación y situaciones donde se registren narraciones y conversaciones de los sujetos implicados, donde se muestren la emergencia de subjetividades diferentes entre alter e investigador/a;

2. La visibilidad del «yo» del investigador/a. Un «yo» basado en la relación intersubjetiva con «los otros». En este sentido deben existir elementos que conduzcan la trayectoria en el trabajo de campo, tales como toma de decisiones, selecciones, expectativas, motivaciones, emociones de quien investiga en relación a lo/s investigado/s.

La práctica reflexiva trata de «movilizar», de invitar al lector/a a explorar las claves, a sentir los sentimientos de otros mostrados en la experiencia del autor/a, pero además, los relatos del «yo» deben preguntar con el fin de constituirse como crítica y acción social. En este sentido, las notas de campo (registros o diarios de campo) son altamente evocativas, son las memorias textuales del trabajo de campo, —construidas a través de nuestras memorias y de las memorias de nuestros informantes en un acto colectivo—.

3. El análisis de las formaciones discursivas implicadas en los relatos y las posiciones de los agentes, es decir desde que lugar o formación discursiva enuncian, hablan, actúan en el texto científico o informe final. O lo que sería lo mismo, cuales son las posiciones, las formaciones discursivas que activa, visibiliza, presenta con mayor fuerza el autor/a en su texto final, pues el texto final

o informe etnográfico no deja de ser un discurso, una versión de la realidad construida por ese autor/a. En este sentido, la práctica reflexiva debe dejar en evidencia cuales son las posiciones asumidas por ese texto o autor/a, mostrar los juegos dialógicos que se establecen en la explicación-comprensión de esa realidad que presenta. De esta forma, el mostrar los «extrañamientos», las «quiebras» en la descripción de una realidad social, permite revelar situaciones contradictorias, dilemáticas, discursos confrontados que ayudan a detectar y posicionar a autor/es y a lector/es frente a la versión de la realidad social que domina y a otras versiones alternativas, no tan reconocidas de esa realidad.

4. Las formas retóricas textuales. La forma de escritura, de presentación del texto (fotos, documentales, otro tipo de representación) requiere que este texto se presente al lector de forma «abierta», es decir, con posibilidades de que lector/es puedan hacer lecturas en diferentes sentidos, precisamente porque sea un texto dialógico, con confrontación de posiciones, y a la vez, donde autor/es puedan visualizar su posición local y situada en diferentes momentos, en diferentes contextos del trabajo. Especialmente a través de que lo racional y lo no racional (emociones, expectativas, deseos) fluyan, transiten y se transmitan a través del texto.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, M. (1996): Hacia un lenguaje etnográfico, en *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, pp. 117-137.
- AHERN, K. (1999): Ten tips for reflexive bracketing, *Qualitative Health Research*, 9(3), 407-411.
- ALBERTÍN, P. & IÑIGUEZ, L. (2008): «Using «drugs». The meaning of opiate substances and their consumption from the consumer perspective», *Addiction: Research & Theory*, 16 (5), pp. 434-452.
- ARANA, X y DEL OLMO, R. (Comp.) (1992): *Normas y culturas en la construcción de la «cuestión droga»*, Barcelona, Hacer.
- ASHMORE, M. (1989): *The Reflexive Thesis: wrighting sociology of scientific knowledge*, Chicago and London, The University of Chicago Press.
- BARRIO, G.; DE LA FUENTE, L. y CAMÍ, J. (1993): «El consumo de drogas en España y su posición en el contexto Europeo», *Medicina Clínica*, Barcelona, 101, pp. 344-355.
- BOCHNER, A.P & ELLIS, C. (1996): «Talking Over Ethnography» en *Composing Ethnography*, U.S.A, Altamira Pres, pp. 13-45.
- BOURDIEU, P. y WACQUANT, L.J.D. (1994): *Per a una sociología reflexiva*, Barcelona, Herder.
- BOURGOIS, P. (1995): *In Search of Respect: Selling Crack in ElBarri*, New York, Cambridge.
- CLARK, M.C & SHARF, B.F (2007): «The dark side of Truth(s). Ethical dilemmas in Researching the Personal», *Qualitative Inquiry*, 13, 3, pp. 399-416.
- CLIFFORD, J. (1988): «Sobre la autoridad etnográfica» en *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Barcelona: Gedisa, pp.141-170.
- CODE, L (1995): *Rhetorical Spaces. Essays on Gendered Locations*, New York and London, Routledge.

- COFFEY A. (1999): *The Ethnographic Self. Fieldwork and the Representation of Identity*, London, Thousand Oaks, New Delhi, Sage.
- COULON, A. (1988): *La Etnometodología*, Madrid, Catedra.
- DENZIN, N.K. & LINCOLN, Y.S. (1994): «Introduction: Entering the field of qualitative research» en *The Handbook of qualitative research*, Thousand Oaks, CA, Sage, pp. 1-18.
- DENZIN, N.K. (1997): *Interpretative Ethnography. Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks, London, New Delhi, Sage.
- ELLIS, C. (1996): «Maternal Connections», en *Talking Over Ethnography. Composing Ethnography*, U.S.A, Altamira Press, pp. 240-243.
- FOUCAULT, M. (1984): *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós/I.C.E-UAB.
- GADAMER, H.G. (1991): *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme.
- GANNON, S. (2006): «The (Im)Possibilities of Writing the Self-Writing: French post-structural Theory and Autoethnography», *Cultural Studies*, 6, 4, pp. 474-495.
- GARFINKEL, H. (1966): *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- GILBERT, G.N. & MULKAY, M. (1984): *Opening Pandora's box*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.
- GOFFMAN, E. (1959): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- GONZÁLEZ, C.; FUNES J.; MAYOL I. y ROMANÍ, O. (1992): *Repensar las drogas*, Barcelona, Grup IGIA.
- HARAWAY, D. (1991): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- HERRERO, J. (1992): «Mijail Bajtín y el principio dialógico en la creación literaria y en el discurso humano. Textos de Bajtín», *Anthropos*, 32, Suplementos, pp. 55-75.
- HERTZ, R. (Ed.) (1997): *Reflexivity & Voice*, London, Sage.
- IBÁÑEZ, J. (1993): «El papel del sujeto en la teoría (hacia una sociología reflexiva)», en *Problemas de Teoría social contemporánea*. Madrid, CIS, pp. 359-386.
- IBÁÑEZ, J. (1994): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Madrid, Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, T. (1994): *Psicología social constructivista*. México: Universidad de Guadalajara.
- KNORR-CETINA, K.D. (1981). *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*, Oxford, Pergamon Press.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1994): «La sociedad reflexiva. Ciencia social y sociedad del conocimiento», en *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 603-632.
- LARAÑA, E. (1998): «Teoría y método en la obra de Jesús Ibáñez», en *Reflexividad y sujeto. Homenaje a Jesús Ibáñez*, Cantabria, Universidad de Cantabria, pp. 61-91.
- LYNCH, M.; LIVINGSSTON, E. & GARFINKEL, H. (1995): «El orden temporal en el trabajo de laboratorio», en *Sociología de la Ciencia y la Tecnología*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp.163-185.
- MARCUS, G.E. & CUSHMAN, D. (1982): «Ethnographies as Texts», *Annual Review of Anthropology*, 11, pp.25-69.
- MARCUS, G.E. (1994): «What Comes (Just) After «Post». The Case of Ethnography», en *Handbook of qualitative research*, London, Sage.

- MRUCK, K & BREUER, F. (2003): «Subjectivity and Reflexivity in Qualitative Research», *The FQS Issues* disponible en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/696#an1#an1> [consultado 10-1-2009].
- PARKER, I. (1992): *Discourse dynamics. Critical analysis for social and individual psychology*, London, Routledge.
- POTTER, J. (1998): *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*, Barcelona, Paidós.
- PUJAL, M. (2003): «La tarea crítica: interconexiones entre lenguaje, deseo y subjetividad», *Sociedad y Política*, 40, 1, pp. 129-140.
- RABINOW, P. (1992): *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, Madrid, Jucar.
- RIBBENS, J. & EDWARDS, R. (1998): (Eds.). *Feminist Dilemmas in Qualitative Research. Public knowledge and private lives*, London., Thousand Oaks, New Delhi:, Sage publications.
- RHODES, T.; SINGER, M.; BOURGOIS, P.; FRIEDMAN, S.R. & STRATHDEE, S.A. (2005): «The social structural production of HIV risk among injecting drug users», *Social Science & Medicine*, 61, pp. 1026–1044.
- RORTY, R. (1979): *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Catedra, 1984.
- SAID, E. (1997): *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2003.
- TEDLOCK, D. (1987): «Preguntas concernientes a la antropología dialógica» en *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, pp. pp. 275-288, 1996.
- VALENTINE, K. & FRASER, S. (2008): «Trauma, damage and pleasure: Rethinking problematic drug use», *International Journal of Drug Policy*, 19, pp. 410-416.
- VAN MAANEN, J. (1995): «An End to Innocence: The Ethnography of Ethnography» en *Representation in Ethnography*, Thousand Oaks, London, New Delhi, Sage publication, pp. 1-35.
- WASSERFALL, R.R. (1993): «Reflexivity, Feminism, and Difference», *Qualitative Sociology*, 15, 1, pp. 23-40.
- WOOLGAR, S. (1988): «Reflexivity is the Ethnographer of the Text» en *Knowledge and Reflexivity. New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, London, Newbury Park, Beverly Hills, New Delhi, Sage, pp. pp. 14-35.

RESUMEN

El siguiente trabajo es un ejercicio reflexivo sobre una experiencia de investigación etnográfica sobre usuarios/as de heroína realizado en un barrio de Barcelona entre los años 1994-1997. El objetivo es hacer «objetivable» el conocimiento (aspecto que correspondería a una dimensión racional-epistemológica y ético-política). Concretamente, a través de: a) señalar procedimientos que permita conectar al auditorio o lectores con la experiencia particular de la investigadora, b) cuestionar la propia práctica de producción de conocimiento psicosocial, y c) explorar los «yoes» o subjetividades en el proceso investigador. El marco teórico han sido perspectivas postestructuralistas. Los datos se han recogido a través de observación participante (5 libretas) y 44 entrevistas en profundidad. Como resultado del análisis se confrontan dos formaciones discursivas: «naturalizadora» cuestiones sensoriales, farmacológicas, psicológicas, fisioló-

gicas, etc. del consumo) y «sociologizadora»(cuestiones legales, relacionales, culturales, etc.), acentuándose en los datos la formación «sociologizadora». A la vez, se muestra el dialogismo entre diferentes versiones sobre el fenómeno de consumo, las cuales se activan en contextos específicos de relación donde las personas o actores tienen capacidad agéntica. Se construyen distintos «yoes» (de los informantes y de la investigadora) en cada momento y trayectoria de la experiencia relatada. Al introducir el «yo» de la investigadora en el trabajo de campo (Hertz, 1997; Coffey, 1999) se provoca una problematización de los datos y a la vez, obliga a reconceptualizar ese «yo» o «yoes» y resignificar esos datos.

PALABRAS CLAVE

Práctica reflexiva, etnografía, consumo de heroína, perspectiva postestructuralista.

ABSTRACT

This study is a reflexive exercise based on own experience: an ethnographic study of heroin users carried out in a Barcelona city neighborhood between 1994 to 1997. We will try to demonstrate what reflexive practice is, understood both as a way of making knowledge «objectivable» (rational-epistemological issues, and ethical-political issues). The theoretical frame they have been post-structural perspectives. I have carried out 44 interviews and employed 5 fieldwork research reports. The specific aims are: a) to indicate a procedure that would approximate the audience or reader with the particular experience of the researcher, b) to criticise our own production practice of psycho-social knowledge, and c) to explore the «self» o subjectivity in the research process. In my narrative, «sociologising» training discourses (i.e. legal, relational, cultural matters etc. about drugs) have predominated over those which are «naturalising» (i.e. sensorial, pharmacological, psychological matters etc.). Different «self» are formed at every moment and throughout the development of the narrated experience. By introducing the «self» in the fieldwork (both the «self» as well as the «alter»)(Hertz, 1997; Coffey, 1999) , I introduce a problemising of the data. At the same time, I reconceptualise the «self» and resignify the data.

KEY WORDS

Reflexive practice, ethnography, heroine's consumption, poststructural perspective.